

El Oficio del Periodista

Por FELIPE GALVEZ CANSINO

El 20 de julio de 1948 Luis Spota descubrió, mediante reportaje memorable publicado por la revista *Mañana*, que en Acapulco, Guerrero, vivía el hombre más buscado de la historia de la literatura universal: Berick Traven Torsvan Torsvan, originario de Chicago, Illinois, EUA, quien naciera el 5 de marzo de 1890.

Puso así punto final, tras un lustro de constante investigación a lo largo y a lo ancho de la República, al misterio que por más de un cuarto de siglo rodeó al hombre que publicó bajo la firma de B. Traven —y a quien los editores piratas chilenos rebautizaron con un Bruno positivo que mucho le molestaba— libros tan célebres como *La Rosa Blanca*; *Puente en la Selva*; *Una canasta de cuentos mexicanos*; *El tesoro de la Sierra Madre* y *La rebelión de los colgados*, entre otros.

Al develar el misterio y convertir su reportaje en material para la historia, Spota alcanzaba, paralelamente, una meta que llevaba desde siete años antes en el subconsciente, como resultado de una respuesta que con Gregorio Ortega le diera una noche de 1941, al despedirse de él una noche a las puertas de su casa y concluir un diálogo iniciado minutos antes en la redacción de *Así*:

—¿Quién es Traven? ¡Eso quisieran saberlo todos los reporteros del mundo! Quien descubra a Traven será un gran reportero.

De modo que Luis Spota confirmó el 20 de julio de 1948 que era eso: un grande, excelente reportero. Un periodista de primer rango que daría en su vida innumerables pruebas de su enorme calidad. Lo mismo en las páginas de *Hoy* que en las de *Así*. Y por supuesto en las publicaciones de la casa EXCELSIOR —a la que, a los 16 años, entró supliendo nada menos que a Carlos Denegri, quien estaba de misión de prensa en Europa, y en donde ocupó en 1943, a los 18 años de edad, la dirección de la segunda edición de *Últimas Noticias*—, la revista *Mañana* —de la que fue jefe de información— y los diarios *Novedades*, *Esto* y *El Heraldo*.

Antes de coronar su empeño de revelar la identidad de Berick Traven, Spota dejó en *Así* huella de periodista singular y curioso. De primera calidad resulta hoy, a la vista del lector, su memorable reportaje "Vengo de las Islas de los Desesperados" (1941), texto de 94 cuartillas en donde Spota aplica los recursos del Dante para describir un ambiente carcelario como el de las Islas Marias, propicio igualmente para tratar de imitar la escritura de Traven al describir la selva y sus ruidos. Y Spota sale airoso de ese doble trance.

Como el florentino, el mexicano calabrés Spota no siente de manera constante su paso por el penal (infierno) como un tormento sin fin. Y su curiosidad es mayor que la medida del sufrimiento que presencia.

Ahi donde un Virgilio ahorraría detalles; donde un Virgilio apresuraría el paso en silencio, a la vista de un condenado; donde un Virgilio manifestó cansancio, Spota, como Dante, no escatima detalle alguno; no quiere pasar de largo y en silencio delante de nadie, no quiere ni



siente fatiga, e inquiera, investiga, hace reportajes.

También Spota baja la cara como Dante, avergonzado cuando un interlocutor le pide paciencia en medio de su tormento; pero de inmediato olvida su mortificación y retoma la iniciativa de quien arde en deseos de saber y conocer.

Varios presos se comportan ante él como muchos condenados solían hacerlo en respuesta a las interrogantes de Dante. Concluyen una breve, lacónica información con un "¡Lárguese, no quiero nada con periodistas!".

De otros obtiene respuesta, pero el tono de la misma es áspero, cortante. Interroga Spota al enemigo público número uno del momento, y como al Dante, todo recurso le parece válido. Hasta el aparente halago.

Escribe:

—Aquella noche —lo halagué con sus propias palabras—, lo temí. Me parecía usted un hombre valiente, inteligente, que había realizado un asalto como sólo se ven en el cine. En ese tiempo fue usted, Rodolfo, un ídolo, un ídolo malo si se quiere, para los chiquillos, un personaje de novela policiaca.

Sonrió y me hizo una pregunta en que, por primera vez, se mostró sin recelos:

—¿Es cierto? ¡Lo fui, como dice? ¡Cuénteme, por favor...! Pero no: mejor déjelo... Maté también por curiosidad. Necesitaba hacerlo. Sabía de todo, o creía saberlo. Sólo me faltaba matar.

Nada lo frena. Spota sonsaca información. Interroga presos; habla con carceleros; entrevista a quienes no pagan otra pena que la de haber nacido y vivido siempre en suelo del penal.

En ocasiones ofrece información a cambio de declaraciones. Si es preciso y posible, interceder ante sus jueces. Y si no llega a hacerse pasar por uno más entre los convictos, no es porque la idea no haya pasado por su mente. Tal es lo agudo de su curiosidad.

Deplora quizá no poder proponerse siquiera, como lo haría el Dante, un encuentro con Odiseo. Pero de haber estado en el infierno lo habría intentado. Porque, como el Dante, Spota se siente emparentado con el héroe porque "nada podía apagar en él aquel impulso que le ordenaba conocer más y más el mundo

y las virtudes y los vicios de los hombres.

Y si el maestro florentino se muestra inconsecuente con Eva, portándose malévolo porque apenas creada no pudo soportar que algo le permaneciera irrevelado, Spota arremete a su vez en contra de la bella del penal, quien ante una de sus preguntas responde con una exclamación que nada dice o revela poco.

El reportero Spota escribe:

Meciéndose indolentemente en una hamaca colgada entre los pilares de la terraza de su chalet, María Elena Blanco, la luminaria del hampa escuchó mis palabras:

¿Es usted en realidad como la han pintado? Me miró, entrecerrando los párpados sombreados con cosméticos, y dijo:

—Nadie me ha comprendido. Nadie ha sabido descubrir lo que soy en verdad, lo que siento, lo que pienso. Ustedes, los periodistas, se han preocupado de presentarme como una vampiresa. Me han transformado. Han llegado a asegurar que soy mala...

Suspendió el balanceo frente a mí, repitió con énfasis sus últimas palabras:

—¡Han dicho que soy mala! ¡Que soy mala!

—¿Dígame, María Elena, es usted mala? ¡Lo es?

Saltó de la hamaca y comenzó a pasearse, estrujando entre sus largos dedos, rematados por unas uñas rojo cardenal, una hebra arrancada a la manga de su pijama. Luego repuso interrogándome:

—Por haber pecado alguna vez, ¿puede una considerarse mala? ¿Hay derecho para que la califiquen de tal manera?

Y Spota apunta líneas adelante, con frases que años después cobrarían resonancias rulfianas: "Me dieron ganas de decirle que su delito no fue un error. De repetirse las angustiadas súplicas del muerto —"María Elena" ¡sálveme! Diles que no me maten— para saber si aún insistía en opinar que lo que hizo había sido un error, pero preferí hacerle otra pregunta, la última, muy simple:

¿Por qué?

Me escuchó en silencio, en un silencio de minutos. Después, plegando sus labios pintados, exclamó:

—Bueno: porque todos, usted lo sabe, erramos alguna vez; porque todos tenemos algo de qué arrepentirnos.

Imposible sería tratar de recoger aquí las miles de líneas de buena excelente literatura periodística que Luis Spota dejó en las páginas de la prensa nacional.

Recordemos, por lo pronto, a manera de homenaje mínimo, que este recio, apresurado, inquieto reportero nunca hizo otra cosa que cimentar al gran novelista mexicano del poder.

A ese hombre de rostro cavado por la enfermedad que acaba de rendir tributo a la tierra que un día traicionó su padre para convertirse en comerciante. A ese hombre que, según confesó un día a Edmundo Domínguez Aragonés, era "un frustrado hombre de poder; alguien que deseó tenerlo en la política hasta que descubrió que es por medio de la palabra escrita como se alcanza el único verdadero, perdurable poder".